

Luis Ángel Sánchez Gómez

La Cadellada

UNA HISTORIA DEL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO PROVINCIAL DE OVIEDO



La Cadellada

Una historia del Hospital Psiquiátrico
Provincial de Oviedo



Luis Ángel Sánchez Gómez

EDICIONES TREA

© del texto Luis Ángel Sánchez Gómez, 2024
Motivo de cubierta: © XXXXXXXX
© de esta edición: Ediciones Trea, S. L.

Ediciones Trea, S. L.
Polígono de Somonte
María González la Pondala, 98, nave D
33393 Somonte-Cenero. Gijón (Asturias)
Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712
trea@trea.es
www.trea.es

dirección editorial Álvaro Díaz Huici
producción Patricia Laxague Jordán
Maquetación: Alberto Gombáu [Proyecto Gráfico]

ISBN: 979-13-87790-01-1
D. L.: AS 00056-2025

Impreso en España *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Agradecimientos	9
Introducción	13
Antes de La Cadellada (i). El Hospital de San Francisco y sus dementes (1837-1897)	19
Antes de La Cadellada (ii). El Hospital-Manicomio y sus locos (1897-1931)	39
¿Más «envíos de locos» o un nuevo manicomio provincial? (1910-1925)	63
«La Diputación hará uno de los mejores manicomios del mundo» (1925-1931).	81
Nuevos psiquiatras para un nuevo hospital (1931-1934)	101
Inauguración. Revolución. Represión (1934)	117
Involución. Redención (1934-1936)	139
La guerra y la evacuación republicana (1936-1937)	153
Los fusilamientos de Valdediós (1937)	165
La evacuación «nacional» y la estancia en Corias (1936-1939)	177
Destrucción, campo de concentración, reconstrucción y retorno (1937-1939)	189
La «nueva normalidad» (i). Los jefes clínicos y sus conflictos (1939-1963)	203
La «nueva normalidad» (ii). El funcionamiento del centro (1939-1963)	227
<i>Mi vida en el manicomio</i> (1953): la experiencia de Ángeles Villarta en La Cadellada	243
La «revolución» de un tecnócrata de Franco (1963-1970)	259
Huelgas, avances y retrocesos (1971-1981)	297
Desinstitucionalización (1982-1998)	331
El final (1998-2005)	353
Recapitulación y conclusiones	371
Centros documentales, prensa y bibliografía	379
Abreviaturas	399
Índice de tablas, gráficos y figuras	401

Agradecimientos

Sí, es cierto, este es un libro extenso; pero, sinceramente, creo que debía ser así. Es verdad que abordaremos los antecedentes, la creación y el devenir de una sola institución, pero haremos un recorrido sobre ciento sesenta y ocho años de historia de Asturias, un tiempo largo y un camino en no pocas ocasiones tortuoso. Aunque el propósito de la obra es conocer la historia del Hospital Psiquiátrico Provincial de Oviedo, la amplitud del marco temporal y la diversidad de circunstancias y actores que entran en juego enriquecen y al tiempo hacen especialmente compleja la trama argumental y, como consecuencia, el relato. Las circunstancias principales que se derivan de ello son, de una parte, la citada extensión del libro; de otra, la necesidad de recurrir a muy diferentes centros documentales y de contar con la ayuda de especialistas conocedores de momentos y contextos dispares de la historia social, política y médica de Asturias. Creo que seré capaz de citarlos a todos.

Si me planteo valorar la generosidad y el desinterés de ese plantel de colaboradores, sin duda debo mencionar en primer lugar a Pedro de la Rubia Huete. En cuanto me puse en contacto con él, Pedro de la Rubia no solo se aprestó a aclarar mis dudas y a responder a mis consultas, sino que me ofreció indicaciones precisas para localizar material de archivo y me pasó documentación producto de sus propias investigaciones. Su ayuda se centró en lo acontecido en La Cadellada durante la Revolución del 34, la represión subsiguiente y, sobre todo, en los criminales fusilamientos de personal del hospital psiquiátrico republicano de Valdediós y el proceso de recuperación de sus restos. Pocas veces un investigador no vinculado con el mundo académico ha aportado tanto a la historia de unas gentes y de unos momentos tan dramáticos como lo ha hecho de la Rubia, le pese a quien le pese.

A Pablo Gil Vico, autor del extraordinario libro *Verdugos de Asturias*, debo agradecer igualmente la detallada información proporcionada sobre el Archivo Intermedio Militar de la Región Noroeste, con sede en Ferrol, y las causas judiciales allí conservadas, abiertas a los trabajadores de La Cadellada tras el fracaso de la huelga revolucionaria de 1934. Su ayuda llegó en el momento más duro de la pandemia de covid, cuando mis dudas sobre los hechos ocurridos en el Hospital Psiquiátrico durante aquellas jornadas y, sobre todo, tras la derrota de los revolucionarios, no permitían que el libro avanzara en la debida forma. Por cierto, en este mismo contexto, no puedo dejar de dar las gracias a Rebeca Martínez Guerrero, por la gestión y el escaneo del material documental mencionado.

Por lo que se refiere al ámbito de la psiquiatría, he tenido la fortuna de contar con la colaboración de José Eloy García García, enfermero especialista en salud mental del SESPA. J. E. García leyó y comentó todo el material que le fui presentando, aclarando numerosas dudas relativas a la situación vivida en La Cadellada en los años y hasta en los días previos al cierre.

Además, como veremos en el último capítulo, suyo es el único estudio que se interesa por conocer cómo transcurre la existencia cotidiana de las últimas personas ingresadas en el centro durante las tensas semanas que preceden a su definitivo traslado. Que sepamos, nadie más sintió la necesidad de hacer algo así, de conjugar compromiso personal y profesional para dar testimonio de lo acontecido durante aquellas dramáticas jornadas. También desde el territorio médico he recibido valiosa información y muy interesantes comentarios de Víctor Aparicio Basauri, quien fuera el penúltimo director del Psiquiátrico ovetense y director general de los Servicios de Salud Mental del Principado. Por su parte, Óscar Martínez Azumendi, psiquiatra jubilado de la Red de Salud Mental de Vizcaya y responsable de dos magníficos blogs de historia de la psiquiatría, me facilitó copias de varios números del fanzine *Adelante*, publicado por los enfermos de La Cadellada, que no se encuentran disponibles en el Archivo Histórico de Asturias. Finalmente, Francisco Pérez Fernández, profesor de la Universidad Camilo José Cela, me aclaró la identidad de la periodista norteamericana Viola Larsen, que supuestamente se habría echo encerrar en un manicomio para denunciar el trato recibido por los pacientes.

Citaré ahora a colaboradores vinculados con otras especialidades. El periodista Chus Neira me informó sobre la autoría de la magnífica foto aérea del complejo hospitalario que ilustra la cubierta de este libro, que había incluido en un artículo que publicara en *La Nueva España*. Luis Carlón Ruiz, botánico, me iluminó sobre un dato fundamental en la esencia identitaria del Hospital Psiquiátrico Provincial: que el término «Cadellada» muy probablemente se vincula con la voz asturiana *cadellu*, que identifica a distintos tipos de plantas cuyos frutos están cubiertos de «ganchos», conocidas en castellano como cadillo o lampazo. También debo agradecer a Carlón (hijo de Carmen Ruiz-Tilve, cronista oficial de Oviedo) el haberme obsequiado con el precioso libro *Oviedo dibujado*, que reúne dibujos obra de su abuelo, Francisco Ruiz Tilve, de donde procede la imagen que muestra el caserío de La Cadellada tal y como era en 1926, antes de su desalojo. Por su parte, el arquitecto Benigno Gómez López respondió de forma extremadamente generosa a mis correos con el envío de una copia del trabajo (inédito y de gran interés) que redactara, junto con Miriam González Blanco, sobre la situación patrimonial del complejo hospitalario de La Cadellada en 2002, antes del comienzo de su demolición. Finalmente, cuando todavía esbozaba el guion del presente libro, Leopoldo Tolivar Alas y Ana Cristina Tolivar Alas tuvieron la amabilidad de atender mis consultas sobre el trabajo desarrollado por su padre, José Ramón Tolivar Faes, como médico de guardia en el Psiquiátrico ovetense.

Casi todas estas personas leyeron parte o la totalidad del libro antes de su publicación, lo que me permitió mejorar el texto con sus observaciones, correcciones y sugerencias. No obstante, es obvio que cualquier posible error u omisión solo sería achacable a la impericia del autor.

Quienes han sido citados respondieron cordialmente, de forma particular, a mis peticiones de información; sin embargo, es evidente que estos agradecimientos deben hacerse extensivos a los trabajadores de las instituciones visitadas o consultadas durante el transcurso de la investigación. En primer lugar, y aunque en este caso no haya existido contacto personal de por medio, debo anotar que, sin la disponibilidad de la extraordinaria Hemeroteca Digital sostenida por la Biblioteca Nacional, este libro no habría podido ser elaborado en el plazo y en las condiciones en las que se ha hecho. En menor medida, también han sido de gran utilidad los demás recursos digitales que cito al final de la obra, sobre todo la Biblioteca Virtual del Principado de Asturias y la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica, esta última dependiente del Ministerio de Cultura y Deporte del Gobierno de España.

De las instituciones contactadas de forma presencial (y también virtual), la más relevante para el desarrollo de esta investigación ha sido, obviamente, el Archivo Histórico de Asturias. El trato dispensado por todo su personal ha sido exquisito y extremadamente profesional. Durante el momento álgido de la pandemia me facilitaron copias digitales de todo aquel material que les solicité, alguno ciertamente voluminoso, y lo hicieron con un cuidado y una rapidez para mí desconocidas en ningún otro centro documental. Luego, ya durante el acceso directo a sus instalaciones, debo reconocer que trabajar en su sala de consulta ha sido tan provechoso como gratificante.

Igual de cordial y profesional ha sido el contacto mantenido con la Biblioteca Pública Jovellanos, de Gijón, y el Archivo Municipal de Oviedo. Desde ambas instituciones me remitieron con gran diligencia información y copias digitales de toda la documentación solicitada. Similar nivel de profesionalidad encontré en el Archivo General de la Administración, el Archivo Histórico del Ejército del Aire, el Archivo General Militar de Ávila, el Archivo Intermedio Militar de la Región Noroeste y el Muséu del Pueblu d'Asturies.

Para terminar, es evidéntísimo que este trabajo, como todos los que he tenido la oportunidad de publicar, no habría podido ver la luz sin el apoyo constante, convencido y decidido de Julia, mi mujer. En esta ocasión, además, todo ha sido más complicado, por la pandemia y por el fallecimiento de su madre, asturiana del concejo de Tineo, para quien, pese a residir durante la mayor parte de su vida en Madrid, la aldea donde naciera nunca salió de su pensamiento ni de su corazón. A mi mujer, y a la memoria de mi suegra, dedico con cariño y agradecimiento este libro.

Introducción

El 24 de abril de 2003 comenzaba el derribo del antiguo Hospital Psiquiátrico Provincial de Oviedo. Su construcción se había iniciado en el lejano marzo de 1928, sobre una extensa y aireada finca conocida como La Cadellada. Tras abrir sus puertas a comienzos de 1934, con algo más de cuatrocientos pacientes, a mediados de los años 60 alcanza su máximo grado de saturación, superando los mil trescientos enfermos ingresados, muchos más de los que pueden ser atendidos en cada uno de los hospitales generales que de forma sucesiva abren sus puertas en la capital asturiana, desde 1837 hasta la actualidad. Aunque la demolición del centro se justifica entonces, en 2003, por una razón de peso, pues sobre sus terrenos se ha de levantar el nuevo Hospital Universitario Central de Asturias, el proyecto avanza con una lentitud exasperante. En marzo de 2005 aún se mantiene en pie uno de los pabellones y el hogar protegido «La Casita», donde se acoge a los últimos pacientes de un recinto convertido en algo muy parecido a una enorme escombrera. Son medio centenar de hombres y mujeres, la mitad con más de dos décadas de estancia en el hospital, y ahora deben abandonarlo. Muy pocos retornan con sus familias. Durante varias semanas, los de más edad son acogidos en residencias geriátricas. El 26 de mayo de 2005, los restantes (enfermos necesitados de atenciones especiales) acaban siendo realojados en la Unidad Residencial de Salud Mental de Meres, en el concejo de Siero. El día siguiente, los últimos siete pacientes del hospital, los que residen en «La Casita», marchan a un nuevo hogar protegido. En aquella jornada, y con aquel último traslado, La Cadellada se extingue. Se cierra así una historia que se había incubado en 1910, reavivado años después y retomado en 1923, con unas iniciales propuestas y unos primeros debates que discuten la necesidad de construir un nuevo manicomio que alivie las carencias del Hospital-Manicomio de Llamaquique y que permita reducir, o incluso evitar, los recurrentes «envíos de locos» que desde Asturias se hacen al Manicomio de Valladolid. Y sí, ya entonces se habla de terminar con el doloroso alejamiento de enfermos y familias, e incluso se denuncian presuntas carencias del centro vallisoletano, pero también se valora el enorme gasto que supone la atención de los dementes (pobres) asturianos en la ciudad castellana, que debe ser asumido por la Diputación provincial.

En enero de 2003, cuando ya resulta meridianamente claro que los edificios del antiguo hospital van a ser destruidos, desde la Asociación Española de Neuropsiquiatría (y sus agrupaciones autonómicas) se pone en marcha una campaña de sensibilización y recogida de firmas, encaminada a lograr la preservación de al menos una parte de tan singular patrimonio sanitario, arquitectónico y cultural. Psiquiatras, médicos e historiadores de la medicina de España y de diversos países se suman a la campaña; sólo en Asturias lo hacen más de dos centenares de profesionales de la salud mental. Se remiten escritos al consejero de Salud,

Francisco Sevilla, y al presidente del Principado, Vicente Álvarez Areces. La administración asturiana responde, pero no modifica su posición, argumentando que la demolición no supone «ningún atentado contra el Patrimonio Histórico de esta región», y que los pabellones de La Cadellada no pueden «ser objeto de catalogación bajo ninguna de las figuras de protección existentes». Obviamente, el «mal» que podría ocasionar el sacrificio del antiguo Psiquiátrico se justifica por la consecución de un «bien» de mucho mayor calado: la construcción de un gran hospital que habría de suplir las carencias del antaño innovador, pero ya entonces poco práctico complejo hospitalario de El Cristo. ¿Existía alguna alternativa, algún otro lugar para levantar el nuevo centro? Quizás no, no lo sé. ¿Era por completo inviable preservar alguno de los singulares edificios de La Cadellada, como parecía deducirse del escrito del consejero? Afortunadamente, no; al final, algo se consigue: se decide conservar la capilla y el antiguo pabellón de mujeres, el que había acogido a los últimos pacientes del centro. La estructura arquitectónica de la capilla, desacralizada en los años 90 y hoy sin actividad, se restaura entre finales de 2019 y marzo de 2020, y mantiene su atractivo; eso sí, aún queda hacer lo propio con su interior, incluido el mural de La Última Cena que pintara Paulino Vicente en 1963. Muy distinto es el caso del pabellón preservado, cuya imagen ha quedado por completo desvirtuada. No hubiera sido mala idea mantener los colores de sus fachadas, la cubierta de teja o la tipología original de las aberturas abuhardilladas de la techumbre, aunque es cierto que estas se añaden en la reconstrucción posterior a la Guerra Civil. En realidad, nadie que haya conocido el antiguo Hospital Psiquiátrico será capaz de evocar su arquitectura contemplando el edificio de la Fundación para la Investigación y la Innovación Biosanitaria del Principado de Asturias, pues esta es la relevante institución que hoy ocupe el pabellón indultado.

Sea como fuere, y aunque tenemos derecho a lamentarnos, no podemos ponernos dramáticos, ni torpemente nostálgicos de unos tiempos y de un espacio que fueron (casi siempre) cualquier cosa menos cómodos y fáciles. El nuevo Hospital Universitario Central de Asturias, diseñado por los arquitectos Ángel Fernández Alba y Juan Navarro Baldeweg, es ciertamente impresionante; más aún, me atrevo a afirmar que es el hospital más bonito que conozco, y ruego se me perdone tan cursi calificativo. Y, una vez dejada atrás la crisis económica de 2008, los retrasos en las obras y los sobrecostes de la construcción, parece que funciona bastante bien, a pesar de las dificultades iniciales, resistiendo con vigor los sucesivos embates de la pandemia de covid. Y nadie podrá negar que su entorno es uno de los más hermosos de cuantos se puedan contemplar desde cualquier centro sanitario en casi cualquier rincón del mundo, y disculpen de nuevo mi arrebatado de subjetividad y hasta de *grandonismo* asturiano. Su situación sobre ese amplio y despejado terreno elevado que tanto contribuyó a que el antiguo Psiquiátrico se levantara precisamente allí, las praderías que lo rodean en todas direcciones, las vistas sobre Oviedo, el Monsacro y la Sierra del Aramo, sobre el Naranco, sobre las suaves colinas y caserías de Villamiana, Roces y Pando, todo resulta un auténtico regalo. Oviedo y Asturias han perdido un singular patrimonio médico y arquitectónico, pero es de justicia reconocer que han ganado un magnífico hospital. Eso sí, hemos de anotar que la apuesta podría haber sido algo más ambiciosa, dotando al centro de un mayor número de habitaciones individuales que hubieran permitido mejorar la atención recibida por los pacientes, reducido los posibles contagios, disminuido la duración de los ingresos y, en último término, ahorrado recursos públicos.

Pero que se haya logrado levantar tan notable institución no puede hacernos olvidar la relevancia histórica del espacio terapéutico que se mantuvo activo en la finca de La Cadellada durante setenta años: el primer (y único) hospital psiquiátrico fundado en el

Principado en toda su historia. Un espacio inspirado en los más modernos centros de asistencia psiquiátrica construidos en Europa durante las dos primeras décadas del siglo xx. Un recinto articulado en pabellones abiertos y con zonas ajardinadas, que en sus inicios no solo se propuso evitar las estrategias de represión y brutal encierro propias de la mayoría de los antiguos manicomios, sino que incluso trató de amortiguar la sensación de agobio y opresión que habitualmente sentían los pacientes internados en estos centros. Pero claro, no podemos ser ingenuos: La Cadellada nunca fue un lugar de retiro y descanso al sol, abierto a un aire purificador. Al igual que ha ocurrido con (casi) todos los manicomios y hospitales psiquiátricos, hasta el final de sus días fue lo que bien podríamos calificar como «el lugar de los otros». La singularidad del hospital ovetense es que, como decimos, en sus comienzos trató de emular la imagen, solo la imagen, de esa entidad local menor que en asturiano se conoce como *llugar* (lugar), con sus pabellones como remedo de viviendas familiares, con sus árboles, su capilla, su granja e incluso, como se recoge en uno de los proyectos iniciales (no materializado), con una panera y un hórreo típicamente asturianos. Sin embargo, la dura realidad hizo que la estigmatizante condición de «lugar de los otros» se impusiera desde el principio sobre la de un sencillo *llugar* campesino. De una parte, y de nuevo como ha ocurrido con la práctica totalidad de los manicomios, La Cadellada se articuló como un lugar mental y emocional habitado por unas gentes acerca de las cuales el mundo «cuerdo» nunca podría «ponerse en su lugar»; de otra, durante buena parte de su historia se constituyó en un lugar físico apartado, un territorio de exclusión, que para muchos de aquellos «otros» fue siempre un espacio de reclusión.

Pero el hecho de aceptar lo evidente tampoco puede llevarnos a pensar que La Cadellada fuera una mera casa de locos, destinada a liberar a la sociedad (y a las familias) de la amenaza de los enajenados, o de aquellos que simplemente se negaban a aceptar los convencionalismos sociales. El Hospital Psiquiátrico Provincial fue un espacio terapéutico de asistencia al enfermo mental, a lo que se entendía en cada momento por un enfermo mental, y a la forma en que se asumía que debía ser atendido o simplemente controlado, aunque es cierto que sufrió muchas carencias, pasó por momentos complicados y durante décadas dispuso de una plantilla escasa y no siempre debidamente formada. En principio, podríamos aceptar que sus responsables médicos afrontan su cometido con profesionalidad, rechazando asumir la condición de simples carceleros, lo cual no siempre significa que su quehacer contribuya a «mejorar» la salud mental de los enfermos. Además, es obvio que los criterios que guían su actuación en determinadas épocas, en otras son radicalmente rechazados. Con todo, y al igual que ocurre en las secciones de dementes de los hospitales provinciales previos y en todos los manicomios provinciales contemporáneos, las ambiciones económicas y profesionales de sus psiquiatras lastran su efectividad como espacio terapéutico, y me refiero a las etapas previas a 1965, cuando arranca la primera Reforma Psiquiátrica en Asturias (y en España entera). La razón es evidente: aunque son empleados de la Beneficencia pública, durante décadas asumen sin el menor atisbo de duda que el hospital y sus cientos de ingresados son esencialmente un espacio y unos sujetos sobre los que ensayar medidas e iniciativas que luego habrían de articular, de forma mucho más ajustada y personalizada, con los «selechos» pacientes de sus clínicas privadas. En cualquier caso, y más allá de las circunstancias asociadas a su funcionamiento, hemos de advertir que el Hospital Psiquiátrico de La Cadellada debe de haber sido la institución sanitaria española que ha vivido una existencia más convulsa, incluso trágica, en un periodo de tiempo más corto, casi de forma inmediata a su inauguración. Hagamos un rápido repaso al conjunto de su trayectoria.

En enero de 1934 llegan los primeros enfermos, trasladados desde el Hospital-Manicomio de Llamaquique, y durante los meses siguientes se instala a parte de los que estaban acogidos en Valladolid. En octubre estalla la Revolución. Un grupo de huelguistas (incluidos algunos trabajadores del hospital) se hace fuerte durante una semana en sus pabellones, siendo derrotados por las tropas comandadas por el teniente coronel Yagüe. Tras el final del movimiento revolucionario, llegan las consecuencias: algunos empleados son juzgados en consejos de guerra y condenados a prisión, otros muchos son expedientados y despedidos. La victoria del Frente Popular en febrero de 1936 y la subsiguiente amnistía los devuelve a sus puestos de trabajo. Desgraciadamente, muy poco después estalla una tragedia infinitamente mayor a la del 34: comienza la Guerra Civil. El recinto de La Cadellada se convierte en un lugar estratégico, tanto para los golpistas como para los leales a la República. Tras intensos combates, la mayoría de los pabellones acaba en ruinas. Antes de que se produzca su casi total destrucción, un pequeño grupo de enfermos sale camino del norte bajo los cuidados de algunos trabajadores, acompañados de milicianos, recalando finalmente en el convento de Santa María de Valdediós, en el concejo de Villaviciosa. Allí, tras justo un año de tranquilidad y cuando la guerra ya se ha dado por terminada en Asturias, al menos diecisiete mujeres y hombres (enfermeros, enfermeras y otros trabajadores) son asesinados por miembros del ejército franquista el 27 de octubre de 1937. La evacuación «nacional», mucho más numerosa, concluye su periplo en otro convento, el de Corias, en Cangas del Narcea. Una vez rechazada la ofensiva republicana sobre Oviedo, el recinto del Hospital Psiquiátrico —cuajado de cráteres de explosiones, trincheras y las ruinas de sus pabellones— se convierte en un improvisado campo de concentración, en el que los prisioneros republicanos han de subsistir, quienes lo consiguen, en unas terribles condiciones. Por fin, en marzo de 1938 comienzan unas incipientes obras de reconstrucción que en el mes de octubre de 1939 permiten el regreso de los hombres y mujeres acogidos en Corias. Arranca entonces un periodo de «normalidad», que durante un cuarto de siglo estará marcado por la escasez de recursos, las denuncias por muertes de enfermos, los conflictos entre sus jefes clínicos, el progresivo incremento de pacientes ingresados y (también es verdad) la lucha de sus responsables médicos por mantener unas condiciones asistenciales mínimamente aceptables, que pocas veces lo son. Luego, a mediados de los años 60, se pone en marcha una primera y atrevida Reforma Psiquiátrica, por completo pionera en el conjunto del país, que precisamente por ser auspiciada desde arriba, desde el propio presidente de la Diputación y en pleno desarrollismo franquista, es víctima de las intrigas políticas y sucumbe, no sin una fuerte resistencia de ciertos sectores de la plantilla del hospital, conflicto que tiene una notable repercusión en todo el territorio nacional. Más de una década después del «mayo asturiano del 71», en 1983, arranca la segunda Reforma Psiquiátrica, consensuada y de mucho mayor calado que la anterior. A pesar de las críticas que recibe, a uno y otro lado del espectro ideológico, este nuevo proyecto transformador modifica las formas de intervención terapéutica, desarrolla un sistema de atención comunitaria descentralizado, paraliza de forma definitiva los nuevos ingresos en el hospital, impulsa la desinstitucionalización de los pacientes psiquiatrizados y, en último término, vacía casi por completo las camas de La Cadellada. Dos décadas después, se producen los últimos traslados y concluye el derribo.

Esos intensos setenta años de funcionamiento —junto con las casi tres décadas previas de debates, proyectos y construcción, y un repaso a los dos primeros hospitales provinciales asturianos, los de San Francisco y Llamaquique— son los que pretendo acercar al lector con la redacción de esta obra, que ha de ser necesariamente aproximativa y parcial. Digo esto

porque soy consciente de sus limitaciones, porque asumo que un análisis general y de larga duración como el que aquí se afronta solo puede arañar la superficie de nuestro objeto de estudio, que resulta tanto más complejo, sensible y contradictorio cuanto más avanzamos en el tiempo hacia su disolución. También debo advertir que ni soy psiquiatra ni tengo vinculación alguna con la práctica médica, aunque sí he trabajado en temas relacionados con la historia de la medicina, la anatomía y la antropología física. Quiero decir, por tanto, que no he redactado este libro con la intención de valorar o juzgar ni la práctica psiquiátrica ni las reformas puestas en marcha en tierras asturianas, pues no estoy cualificado para ello. Me he limitado a escribir un libro de historia que, efectivamente, revisa circunstancias y contextos que se acercan mucho al presente y que, sin que exista vocación activista alguna por parte del autor, incluye observaciones muy personales sobre la psiquiatría hospitalaria. Y también admito que no he pretendido hacer una historia de la asistencia psiquiátrica en Asturias, sino apuntalar las bases para una historia médica, social, patrimonial, política e incluso bélica de La Cadellada. Eso sí, he tratado de contextualizar el estudio en un marco de referencia más extenso que el meramente local o provincial, vinculando el proceso que conduce a la construcción del hospital asturiano y las siete décadas de su funcionamiento con la situación que vive la asistencia psiquiátrica en el conjunto del país durante aquellos años. Por otra parte, confieso que la obra está escrita desde una ineludible perspectiva académica, dada mi condición de profesor titular en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense. A pesar de ello, y de su extensión, me he propuesto que pueda ser leída con «agrado, interés y aprovechamiento» por todo aquel que tenga deseos de conocer los orígenes y el desarrollo de una institución que jugó un papel de extraordinaria relevancia en la historia de la sanidad asturiana. Y no sólo conocer la institución, sino saber de sus profesionales, de los procedimientos terapéuticos puestos en marcha y, aunque sea de forma muy superficial, de algunas de las circunstancias que rodearon las peripecias vitales de los pacientes que allí fueron tratados, ingresados o, se ha de reconocer, simplemente recluidos. Por cierto, esos afanes académicos que me guían hacen que el libro disponga de una cantidad considerable de notas a pie de página, eso que de forma un tanto pedante calificamos como «aparato crítico». Contienen información sobre la procedencia de las citas (prensa, bibliografía y documentación de archivo), aclaraciones sobre lo indicado en el texto o material complementario al discurso principal de la obra. Están ahí para que, quien lo desee, pueda comprobar la certeza de esos datos o profundizar sobre alguna cuestión puntual. Por supuesto, quien no esté interesado puede perfectamente obviarlas, sin detrimento alguno en el resultado final de su empeño por conocer la historia de La Cadellada.

Y, antes de terminar estas páginas introductorias, debo hacer una importante aclaración. Como era de esperar, a lo largo del libro se utilizan de forma recurrente conceptos como «demente», «alienado», «alienada», «loco», «loca», «enajenado» y «enajenada». Sea cual fuere la palabra empleada, en ningún caso ni en ningún momento su uso implica valoración o conceptualización alguna de índole moral o intelectual. Me he limitado a nombrar a las personas ingresadas en los hospitales de San Francisco, de Llamaquique o de La Cadellada con los términos que en cada época les fueron asignados, aunque es cierto que en aquellos momentos y en aquellos contextos esos términos pudieron haber tenido una carga marcadamente peyorativa, incluso estigmatizante. Es más, ni siquiera el uso de los más asépticos conceptos de «enfermo» o «enferma mental» pretende establecer certificación alguna sobre la presunta condición patológica de las mujeres y los hombres ingresados en esos centros, pues es probable que muchos no padecieran enfermedad mental alguna. Es posible que solo

atravesaran circunstancias vitales o sociales difíciles de gestionar, que finalmente los llevaron a ser institucionalizados y psiquiatrizados. Ese encierro y los tratamientos recibidos sí pudieron haber tenido consecuencias para su salud física y mental, y no precisamente positivas. Desgraciadamente, esta lacra no fue exclusiva de La Cadellada, sino un rasgo definidor del sistema manicomial, sea cual fuere el momento y el lugar.